



historia y cultura

# LA REVOLUCIÓN RUSA

sheila fitzpatrick

 siglo veintiuno  
editores

## 6. Finalizar la revolución

En términos de Crane Brinton, una revolución es como una fiebre que se apodera de un paciente, sube hasta alcanzar una crisis y finalmente cede, dejando que el paciente prosiga su vida normal, "tal vez hasta fortalecido por la experiencia en algunos aspectos, al menos inmunizado por un tiempo contra un ataque similar, pero ciertamente no convertido en una persona totalmente distinta de la que era".<sup>1</sup> Para emplear la metáfora de Brinton, la revolución rusa pasó por varios accesos de fiebre. Las revoluciones de 1917 y la guerra civil fueron el primer acceso, la "revolución de Stalin" del período del primer plan quinquenal fue el segundo y las grandes purgas el tercero. En esta esquema, el período de la NEP fue un período de convalecencia seguido de una recaída, o, según algunos, de una nueva inyección de virus en el desdichado paciente. Un segundo período de convalecencia comenzó a mediados de la década de 1930 con las políticas de estabilización que Trotsky denominó "el Termidor soviético" y Timasheff "la gran retirada".<sup>2</sup> Tras otra recaída durante las grandes purgas de 1937-8, la fiebre pareció curada y un tembloroso paciente se levantó de su cama para intentar proseguir con su vida normal.

Pero, ¿era realmente el paciente la misma persona de antes de sus accesos de fiebre revolucionaria? ¿Seguía allí su vida anterior para que la retomara? Ciertamente, la "convalecencia" de la NEP aparejó en muchos aspectos la continuación de la clase de vida que había sido interrumpida por el estallido de la guerra en 1914, los trastornos revolucionarios de 1917 y la guerra civil. Pero la "convalecencia" de la década de 1930 fue de otra naturaleza, pues para entonces muchos de los vínculos con la vida anterior se habían roto. No se trataba tanto de retomar la vida anterior como de comenzar una nueva.

Las estructuras de la vida cotidiana en Rusia habían sido transformadas por los trastornos del primer plan quinquenal en

una forma que no había ocurrido con la experiencia revolucionaria de 1917-20. En 1924, durante el interludio de la NEP, un moscovita que volviese a su ciudad después de diez años de ausencia podía haber tomado la guía de teléfonos de su ciudad (inmediatamente reconocible, pues su diseño y formato apenas si habían cambiado desde los años de la preguerra) y aún hubiese tenido una buena posibilidad de encontrar allí a sus antiguos doctor, abogado y hasta agente de bolsa, su pastelero favorito (que aún publicaba un discreto aviso donde ofrecía el mejor chocolate importado), la taberna local y el cura párroco, así como las firmas que antes habían reparado sus relojes o le habían suministrado materiales de construcción o cajas registradoras. Diez años más tarde, a mediados de la década de 1930, casi todos estos nombres habrían desaparecido, y el viajero que regresaba había quedado aún más desorientado ante el cambio de nombre de muchas calles y plazas de Moscú y la destrucción de iglesias y otros hitos familiares. En pocos años más, la propia guía de teléfonos de la ciudad desaparecería, para no reaparecer hasta medio siglo más tarde.

Como las revoluciones implican una concentración anormal de energía humana, idealismo e ira, es natural que su intensidad comience a decrecer después de cierto punto. Pero ¿cómo se finaliza una revolución sin repudiarla? Éste es un problema difícil para los revolucionarios que permanecen en el poder el tiempo suficiente para ver como merma el impulso revolucionario. Quien fue revolucionario difícilmente pueda seguir la metáfora de Brinton y afirmar que se ha recuperado de la fiebre revolucionaria. Pero Stalin estuvo a la altura del desafío. Su manera de terminar con la revolución fue declarar la victoria.

La retórica de la victoria llenó el aire de la primera mitad de la década de 1930. Un nuevo diario, llamado *Nuestros logros*, fundado por el escritor Maximo Gorki, sintetizaba este espíritu. Las batallas de la industrialización y la colectivización han sido ganadas, proclamaban los propagandistas soviéticos. Los enemigos de clase habían sido liquidados. El desempleo había desaparecido. La educación primaria se había vuelto universal y obligatoria y (se afirmaba), el nivel de alfabetización de los adultos en la Unión Soviética alcanzaba el 90 por ciento.<sup>3</sup> Con su Plan, la Unión Soviética había dado un

gigantesco paso adelante en el dominio humano del mundo: los hombres ya no eran víctimas indefensas de fuerzas económicas que no podían controlar. Un “nuevo hombre soviético” emergía como resultado del proceso de construcción del socialismo. Hasta el medio ambiente físico estaba siendo transformada, y las fábricas se alzaban en la estepa vacía mientras los científicos soviéticos se consagraban a “la conquista de la naturaleza”.<sup>4</sup>

Decir que la revolución había triunfado equivalía a decir que la revolución había terminado. Era hora de disfrutar de los frutos de la victoria, si es que había alguno, o al menos de descansar del agotador ejercicio revolucionario. A mediados de la década de 1930, Stalin decía que la vida se había hecho más ligera y prometía “una día de fiesta en nuestra calle”. Las virtudes del orden, la moderación, la previsibilidad y la estabilidad volvieron a gozar del favor oficial. En la esfera económica, el segundo plan quinquenal (1933-7) fue más sobrio y realista que su desmedidamente ambicioso predecesor, aunque el énfasis puesto en la construcción de una poderosa base industrial no cambió. En el campo, el régimen tuvo gestos conciliatorios hacia el campesinado, y en el marco de la colectivización se procuró que el koljuz funcionara. Un observador no marxista, Nicholas Timasheff describió con aprobación lo que veía como “una gran retirada” de los valores y métodos revolucionarios.

En este capítulo, analizaré tres aspectos de la transición de revolución a posrevolución. La primera sección trata de la naturaleza de la victoria revolucionaria proclamada por el régimen en la década de 1930 “Revolución cumplida”. La segunda sección examina las políticas y tendencias termidorianas de ese mismo período “Revolución traicionada”. El tema de la tercera sección, “Terror”, son las grandes purgas de 1937-8. Éste arroja otra luz sobre el “retorno a la normalidad” de la segunda sección, y nos recuerda que la normalidad puede ser casi tan elusiva como la victoria. Del mismo modo en que la declaración de victoria revolucionaria por parte del régimen era hueca en buena parte, también había mucho de fingimiento y engaño en las aseveraciones de que la vida volvía a la normalidad, por más que la población quisiera aceptarlas. No es fácil terminar una revolución. El virus revolucionario sigue en el organismo y, en momentos de debilidad, puede recrudescer. Ello

ocurrió durante las grandes purgas, un acceso final de fiebre revolucionaria que quemó casi todo lo que quedaba de la revolución, energía, idealismo, compromiso, leguaje y, finalmente, a los revolucionarios mismos.

### “Revolución cumplida”

Cuando el decimoséptimo congreso del partido se reunió a comienzos de 1934, se lo denominó “Congreso de los triunfadores”. El triunfo en cuestión era la transformación económica ocurrida durante el período del primer plan quinquenal. La economía urbana había sido completamente nacionalizada con excepción de un pequeño sector cooperativo; la agricultura había sido colectivizada. De modo que la revolución había cambiado exitosamente los modos de producción; como todo marxista sabe, el modo de producción es la base económica sobre la cual reposan toda la superestructura de la sociedad, la política y la cultura. Ahora que la Unión Soviética tenía una base socialista ¿cómo no iban a adaptarse a ella las superestructuras? Al cambiar la base, los comunistas habían hecho todo lo que había que hacer —y probablemente todo lo que se podía hacer en términos marxistas— para crear una sociedad socialista. Lo demás era cuestión de tiempo. Una economía socialista produciría el socialismo, del mismo modo que el capitalismo había producido la democracia burguesa.

Ésa era la formulación teórica. En la práctica, la mayor parte de los comunistas entendían la misión revolucionaria y la victoria en términos más simples. La misión había sido la industrialización y la modernización económica, anunciada en el primer plan quinquenal. Cada nueva chimenea de fábrica y cada nuevo tractor eran una señal de victoria. Si la revolución había logrado sentar los cimientos de un poderoso estado industrializado moderno capaz de defenderse de sus enemigos externos en la Unión Soviética, había cumplido con su misión. En estos términos ¿qué había logrado?

Nadie podía dejar de percibir las señales visibles del programa industrializador soviético. Había obras en construcción en todas partes. Hubo un decidido desarrollo urbano durante el primer

plan quinquenal: los viejos centros industriales se expandieron enormemente, tranquilas ciudades de provincia se transformaron con la llegada de grandes fábricas y nuevos asentamientos industriales y mineros brotaron en toda la Unión Soviética. Enormes nuevas plantas metalúrgicas y de fabricación de máquinas se construían o ya estaban en funciones. Se construyeron el ferrocarril de Truksib y la gigantesca represa hidroeléctrica del Dnieper.

Tras cuatro años y medio, se declaró que el primer plan quinquenal había alcanzado sus objetivos. Los resultados oficiales, que fueron motivo de intensa propaganda soviética en los frentes interno y externo, deben ser considerados con gran cautela. Aun así, los economistas occidentales por lo general han aceptado que hubo un crecimiento real, que equivalió a lo que Walter Rostow denominó posteriormente “despegue” industrial. Al resumir los logros del primer plan quinquenal, un historiador económico británico nota que “aunque las afirmaciones referidas al conjunto de la operación son dudosas, no cabe duda de que nació una poderosa industria ingenieril, y que la producción de máquinas-herramientas, turbinas, tractores, equipos metalúrgicos, etc. ascendió en porcentajes realmente impresionantes”. Aunque la producción de acero no alcanzó la meta fijada, de todas formas aumentó (según las cifras soviéticas) en casi un 50 por ciento. La producción de mineral de hierro casi se duplicó, aunque el incremento planeado era aun mayor, y la hulla y el hierro de fundición casi se duplicaron en el período 1927-8 a 1932.<sup>5</sup>

Ello no significa que no hubiera problemas con un programa de industrialización que enfatizaba la velocidad y la cantidad con tan fanática implacabilidad. Los accidentes industriales eran comunes; había un inmenso desperdicio de materiales; la calidad era baja, y el porcentaje de producción defectuosa, alto. La estrategia soviética era cara en términos financieros y humanos; y no necesariamente óptima siquiera en términos de tasas de crecimiento: un economista occidental ha calculado que la Unión Soviética habría podido alcanzar niveles de crecimiento similares para mediados de la década de 1930 sin abandonar el marco de la NEP.<sup>6</sup> Con demasiada frecuencia, “cumplir y exceder el cumplimiento” del plan significaba ignorar toda planificación racional y limitar el foco a unas pocas metas de producción a expensas de

todo lo demás. Tal vez hubiera nuevas fábricas que producían bienes tan llenos de atractivo como tractores y turbinas, pero hubo una decidida escasez de clavos y materiales de embalaje durante todo el primer plan quinquenal, y todas las ramas de la industria resultaron afectadas por el derrumbe de los recursos campesinos de tracción a sangre que ocurrió como inesperada consecuencia de la colectivización. La industria carbonífera de la cuenca del Don estaba en crisis en 1932, y una cantidad de otros sectores industriales clave tenían graves problemas de construcción y producción.<sup>7</sup>

A pesar de los problemas, la industria era la esfera en la cual la dirigencia soviética realmente creía estar logrando algo notable. Prácticamente todos los comunistas opinaban así, aun aquellos que previamente habían simpatizado con la oposición de izquierda o de derecha; y algo de estos mismos orgullo y excitación se veía en la generación más joven, más allá de afiliaciones partidarias, y hasta cierto punto, en el conjunto de la población urbana. Muchos ex trotskistas habían abandonado su oposición porque se entusiasmaron con el primer plan quinquenal, y hasta el propio Trotsky en esencia lo aprobaba. Los comunistas que se habían inclinado a la derecha en 1928-9 se habían retractado, asociándose plenamente al programa industrializador. En la contabilidad interior de muchos que hasta entonces dudaban, Magnitogorsk, la planta de tractores de Stalingrado y los otros grandes proyectos industriales compensaban los aspectos negativos de la carrera de Stalin, por ejemplo, la pesada represión y los excesos en la colectivización.

La colectivización era el talón de Aquiles del primer plan quinquenal, una fuente permanente de crisis, enfrentamientos y soluciones improvisadas. En su aspecto positivo, proveyó el deseado mecanismo para la obtención de grano por parte del estado a precios bajos y no negociables y a un volumen mayor que el que los campesinos estaban dispuestos a vender. Del lado del debe, dejó a los campesinos resentidos y poco dispuestos a trabajar, provocó el sacrificio de hacienda a enorme escala, llevó a la hambruna de 1932-3 (que provocó crisis en toda la economía y el sistema administrativo) y forzó al estado a invertir mucho más en el sector agrícola que lo previsto en la estrategia original de "exprimir al campesinado".<sup>8</sup> En teoría, la colectivización podía haber significado muchas cosas. Tal

como se practicaba en la Unión Soviética de la década de 1930, era una forma extrema de explotación económica estatal, que el campesinado comprensiblemente percibió como "una segunda servidumbre". Ello no sólo fue desmoralizador para los campesinos, sino para los cuadros del partido que lo experimentaron de primera mano.

Nadie estaba realmente satisfecho con la colectivización; los comunistas la veían como una batalla ganada, pero a un costo muy alto. Además, el koljoz que finalmente llegó a existir era muy diferente del koljoz de los sueños comunistas o al que representaba la propaganda soviética. El verdadero koljoz era pequeño, basado en las aldeas, y primitivo, mientras que el koljoz soñado era una exhibición a gran escala de agricultura moderna y mecanizada. Al verdadero no sólo le faltaban tractores, que se concentraban en terminales locales de tractores y maquinaria, sino que de hecho sufría una grave escasez de tracción debido al sacrificio de caballos ocurrido durante la colectivización. El nivel de vida en la aldea cayó abruptamente con la colectivización, y en muchos lugares llegó al más desnudo nivel de subsistencia. La electricidad rural era aún menos frecuente que en la década de 1920 debido a la desaparición de los molineros "kulak" cuyos molinos hidráulicos la generaban. Para desazón de muchos funcionarios comunistas rurales, la agricultura colectivizada ni siquiera se había socializado por completo cuando se permitió a los campesinos que conservaran pequeñas parcelas privadas, aunque esto les permitía evitar el trabajo en los campos colectivos. Como admitió Stalin en 1935, la parcela privada era esencial para la supervivencia de la familia campesina, ya que proveía la mayor parte de la leche, huevos y hortalizas que consumían los campesinos (y el resto del país). Durante buena parte de la década de 1930, la única paga que los campesinos recibían por su trabajo en el koljoz era una pequeña parte de la cosecha de granos.<sup>9</sup>

En que lo que respecta a los objetivos políticos de la revolución, apenas se exageraría si se dijese que la supervivencia del régimen durante los meses de ansiedad de 1931, 1932 y 1933 les pareció a muchos comunistas un triunfo en sí misma, tal vez incluso un milagro. Pero no era una victoria como para celebrarla en público. Se necesitaba algo más, preferiblemente algo que tuviera que ver con el socialismo. A comienzos de la década de 1930, la moda era hablar de

la “construcción del socialismo” y la “construcción socialista”. Pero estas frases, que nunca se definieron en forma precisa, sugerían un proceso más que un resultado. Con la introducción de la nueva constitución soviética de 1936, Stalin indicó que la fase de “construcción” estaba esencialmente terminada. Ello significaba que la instalación del socialismo en la Unión Soviética era una misión cumplida.

Teóricamente, era un salto considerable. El significado exacto de “socialismo” siempre fue vago, pero si se consideraba como guía el *Estado y revolución* de Lenin (escrito en septiembre de 1917), éste aparejaba una democracia local (“soviética”), la desaparición del enfrentamiento de clases y la extinción del estado. Este último requerimiento era un problema, ya que ni el más optimista de los marxistas soviéticos podía sostener que el estado soviético se había extinguido o exhibiese señales de hacerlo en el futuro cercano. El problema se solucionó introduciendo una distinción teórica nueva, o a la que al menos no se le había prestado atención hasta entonces, entre socialismo y comunismo. Al parecer, sólo bajo el *comunismo* se extinguiría el estado. El socialismo, aunque no era el objetivo final de la revolución, era lo mejor que podía obtenerse en un mundo de estados-nación mutuamente antagónicos en el cual la Unión Soviética estaba rodeada de capitalistas. Con el advenimiento de la revolución mundial, el estado podría extinguirse. Hasta entonces, debía seguir siendo fuerte y poderoso para proteger de sus enemigos a la única sociedad socialista del mundo.

¿Cuáles eran las características del socialismo que existía en esos momentos en la Unión Soviética? La respuesta a esa pregunta la dio la nueva constitución soviética, la primera desde la constitución revolucionaria de la república de Rusia de 1918. Para comprenderla, debemos recordar que según la teoría marxista-leninista, existía una fase transitoria de dictadura del proletariado entre la revolución y el socialismo. Esta fase, que en Rusia comenzó en octubre de 1917, se caracterizaba por una intensa guerra de clases, que se producía cuando las antiguas clases propietarias se resistían a su expropiación y destrucción a manos del estado proletario. Era el fin de la guerra de clases, explicó Stalin al presentar su nueva constitución, lo que marcaba la transición de la dictadura del proletariado al socialismo.

Según la nueva constitución, todos los ciudadanos soviéticos tenían iguales derechos y gozaban de libertades civiles apropiadas al

socialismo. Ahora que la burguesía capitalista y los kulaks habían sido eliminados, la lucha de clases había desaparecido. Aún existían clases en la sociedad soviética —la clase obrera, el campesinado, y la inteligentsia (que, en su definición estricta, no constituía una clase sino un estrato)— pero sus relaciones estaban libres de antagonismo y explotación. Tenían idéntica jerarquía, y también eran iguales en su devoción al socialismo y al estado soviético.<sup>10</sup>

Estas afirmaciones han enfurecido a muchos comentaristas no soviéticos en el transcurso de los años. Los socialistas han negado que el sistema estalinista fuese un verdadero socialismo; otros han señalado que las promesas de libertad e igualdad hechas por la constitución eran un engaño. Aunque hay espacio para discutir acerca del grado de fraudulencia o del grado de la intención de defraudar,<sup>11</sup> tales reacciones son comprensibles, pues la constitución sólo tenía un vínculo muy tenue con la realidad soviética. Sin embargo, en el contexto de la presente discusión, no hace falta tomar demasiado en serio a la constitución: en lo que hace a las afirmaciones de victoria revolucionaria, eran un agregado que tenía poca carga emocional tanto para el partido comunista como para la sociedad en su conjunto. A la mayor parte de las personas les daba igual, a otras las confundió. Una conmovedora respuesta a la noticia de que el socialismo ya existía provino de un joven periodista, verdadero creyente en el futuro socialista que sabía cuán primitiva y miserable era la vida en su aldea natal. Entonces, ¿esto era el socialismo? “Nunca, antes ni después, experimenté tal decepción, tal desazón”.<sup>12</sup>

La garantía de igualdad de derechos de la nueva constitución constituía un verdadero cambio con respecto a la constitución de la república de Rusia de 1918. La constitución de 1918 había sido explícita en *no* conceder igualdad de derechos: se privaba a los integrantes de las antiguas clases explotadoras del derecho a votar en las elecciones soviéticas, y el voto de los obreros urbanos tenía un peso que se negaba al voto campesino. Asociada a este esquema, a partir de la revolución regía una elaborada estructura de leyes de discriminación de clase diseñada para poner a los obreros en una posición privilegiada y perjudicar a la burguesía. Ahora, con la constitución de 1936, todos, fuera cual fuere la clase a la que pertenecían, tenían derecho al voto. La categoría estigmatizada de las “personas

sin derecho a voto" (*lishentsy*) desapareció. Las políticas y prácticas de discriminación de clase ya estaban en extinción antes de la nueva constitución. Por ejemplo, para el ingreso a las universidades se había dejado de lado hacía algunos años la discriminación en favor de los obreros.

Así, el abandono de la discriminación de clase era real, aunque de ninguna manera tan completa como pretendía la constitución, y tropezó con considerable resistencia por parte de los comunistas, acostumbrados a hacer las cosas a la vieja usanza.<sup>13</sup> El significado del cambio podía interpretarse de dos maneras. Por un lado, el abandono de la discriminación de clase podía ser considerado un requisito previo a la igualdad socialista ("revolución cumplida"). Por otro, podía ser interpretado como el definitivo alejamiento del proletariado por parte de régimen ("revolución traicionada"). El estatus de la clase obrera y su relación con el poder soviético bajo el nuevo régimen no quedaban claros. Nunca hubo un anuncio oficial directo de que la era de la dictadura del proletariado hubiese finalizado (aunque ésa era la consecuencia lógica que entrañaba el que la Unión Soviética hubiera entrado en la era del socialismo); pero los usos comenzaron a descartar términos como "hegemonía proletaria" en favor de fórmulas más blandas como "el papel protagónico de la clase obrera".

Críticos marxistas como Trotsky podían decir que el partido había perdido sus puntos de referencia al permitir que la burocracia reemplazara a la clase obrera como fuente principal de respaldo social. Pero Stalin veía las cosas de otra manera. Desde el punto de vista de Stalin, uno de los grandes logros de la revolución había sido la creación de "una nueva intelligentsia soviética" (lo cual esencialmente significaba una nueva elite administrativa y profesional) reclutada entre la clase obrera y el campesinado. El régimen soviético ya no debía depender de la continuidad de funcionarios de las antiguas elites, sino que ahora podía confiar en su propia elite de "cuadros conductivos y especialistas" producidos por él mismo, hombres que debían su ascenso y sus carreras a la revolución y en cuya completa lealtad a ésta (y a Stalin) se podía confiar. Dado que el régimen tenía esta "nueva clase"<sup>14</sup> —"los obreros y campesinos de ayer, ascendidos a puestos de mando"— como base social, todo el tema del proletariado y de su relación especial con el régimen perdió importancia a ojos de Stalin. A

fin de cuentas, como queda implícito en sus comentarios al décimo octavo congreso del partido en 1939, la flor de la antigua clase obrera revolucionaria había sido trasplantada de hecho a la nueva intelligentsia soviética, y si los obreros que no habían podido ascender estaban envidiosos, tanto peor para ellos. Caben pocas dudas de que éste punto de vista les parecía perfectamente lógico a los "hijos de la clase obrera" de la nueva elite, quienes, como suelen hacer quienes ascienden socialmente en cualquier entorno, estaban simultáneamente orgullosos de su modesto origen y felices de haberlo dejado muy atrás.

### "Revolución traicionada"

El compromiso de *liberté, égalité, fraternité* es parte de casi todas las revoluciones, pero es un compromiso del que los revolucionarios que triunfan se desdican casi inevitablemente. Como habían leído a Marx, los bolcheviques ya sabían que esto era así. Hicieron cuanto pudieron, incluso en la euforia de octubre, por ser revolucionarios científicos y no utopistas soñadores. Acotaron sus promesas de *liberté, égalité y fraternité* con referencias a la guerra de clases y a la dictadura del proletariado. Pero era tan difícil repudiar las clásicas consignas revolucionarias como lo hubiera sido llevar adelante una revolución exitosa sin entusiasmo. Emocionalmente, los primeros líderes bolcheviques no podían menos que ser un poco igualitarios y libertarios; y también, a pesar de toda su teoría marxista, eran un poco utópicos. Los nuevos bolcheviques surgidos durante 1917 y la guerra civil tenían la misma respuesta emocional sin las inhibiciones intelectuales. Aunque los bolcheviques no tuvieron la idea inicial de hacer una revolución igualitaria, libertaria y utópica, la revolución hizo a los bolcheviques esporádicamente igualitarios, libertarios y utópicos.

La vertiente ultrarrevolucionaria del bolchevismo posoctubre se destacó durante la guerra civil y ulteriormente en la revolución cultural que acompañó al primer plan quinquenal. Se manifestaba en una militancia de la guerra entre clases, rechazo agresivo del privilegio social, antielitismo, igualitarismo salarial, iconoclasia cultural, hostilidad hacia la familia y experimentación en todos los campos,

desde los métodos organizativos hasta la educación. En tiempos de Lenin, tales tendencias fueron peyorativamente tildadas de "izquierdistas" o "vanguardistas"; pero los dirigentes también las contemplaban con cierta indulgencia, considerándolas producto de la exuberancia revolucionaria juvenil o de un instinto proletario carente de orientación. Lo paradójico del abandono que hizo Stalin del entusiasmo revolucionario era que éste tenía hondas raíces en la tradición leninista y la ideología bolchevique.

Con la "gran retirada" de la década de 1930, el partido estalinista abandonó la iconoclasia y el fervor antiburgués de la revolución cultural y se volvió, por así decirlo, respetable. La respetabilidad significaba nuevos valores culturales y morales, que reflejaban la transición metafórica de la juventud proletaria a la madurez de clase media; una busca del orden y de una rutina manejable; y la aceptación de una jerarquía social basada en la educación, la ocupación y el estatus. La autoridad debía ser obedecida más que cuestionada. La tradición debía ser respetada más que descartada. Aún se describía el régimen como "revolucionario", pero ello cada vez más significaba revolucionario por origen y por legitimidad más bien que revolucionario en la práctica. Éstos fueron los cambios que Trotsky denunció en su *La revolución traicionada*. A muchos de ellos, por supuesto, se les puede dar otra interpretación, verbigracia, la de necesarios ajustes pragmáticos de la situación postrevolucionaria, si uno acepta la premisa de Stalin de que los objetivos revolucionarios habían sido alcanzados, no abandonados.

En la industria, con el segundo plan quinquenal que marcó una transición a una planificación más sobria, con menos consignas acerca de metas inalcanzables y más racionalidad, la orden del día de la década de 1930 era aumentar la productividad y desarrollar especializaciones. El principio de los incentivos materiales se arraigó firmemente, con un incremento del trabajo medido por unidades de producción, diferenciación de los salarios obreros según el grado de especialización y premios por productividad por encima de la media. Se subieron los salarios de los especialistas y, en 1932, el salario promedio de ingenieros y técnicos fue más alto con relación al salario obrero promedio que en ninguna época anterior o posterior a ésa en el período soviético. Eran políticas lógicas, dada la

prioridad del estado respecto de un crecimiento industrial rápido, pero acentuaron el alejamiento del régimen de la identificación revolucionaria original con la clase obrera. La denuncia que hizo Stalin del igualitarismo vulgar (*uvravnilovka*) en la política salarial en su célebre discurso de las "seis condiciones" del 23 de junio de 1931<sup>15</sup> no fue tan notable por su contenido concreto (dado que las tendencias niveladoras del primer plan quinquenal fueron espontáneas en buena parte) como por su descuidada falta de respeto por una de las vacas sagradas de la revolución obrera.

El movimiento estajanovista (así llamado por un minero de carbón que había roto récords en la cuenca del Don) fue tal vez el ejemplo más curioso de la ética soviética posrevolucionaria y de la actitud ambivalente del régimen hacia los trabajadores. El estajanovista superaba los promedios y era generosamente recompensado por sus logros y celebrado por los medios, pero en el mundo real experimentaba casi inevitablemente el repudio y el resentimiento de sus colegas obreros. También era un innovador y un racionalizador de la producción, a quien se instaba a cuestionar la sabiduría conservadora de los expertos y denunciar los tácitos acuerdos entre los administradores de fábricas, los ingenieros y las ramas sindicales para resistir la constante presión desde arriba para que superasen los promedios. El movimiento estajanovista glorificaba a los trabajadores individuales, pero al mismo tiempo era antiobrero y, en ciertos aspectos, antiadministradores.<sup>16</sup>

Los modos y estilos de dirigir también cambiaron. En la década de 1920, los modales proletarios eran cultivados incluso por los intelectuales bolcheviques: cuando Stalin le dijo a un público del partido que él era un hombre "tosco", esto sonó más a autoglorificación que a modestia. Pero en la década de 1930, Stalin comenzó a presentarse ante los comunistas soviéticos y los entrevistadores extranjeros como un hombre de cultura, como Lenin. Entre sus colegas de la dirigencia del partido, los recientemente ascendidos Jrushov, confiados en sus orígenes proletarios, pero temerosos de comportarse como campesinos, comenzaban a sobrepasar a los Bujarin, quienes confiaban en su cultura pero temían comportarse como intelectuales burgueses. En un nivel más bajo del mundo oficial, los comunistas procuraban comprender las reglas del comportamiento educado



y dejar de lado sus botas del ejército y gorras de visera, pues no querían ser tomados por integrantes del proletariado que no ascendía. Un nuevo tono del complacido didactismo propio de una maestra de escuela, que luego sería familiar para generaciones de visitantes de Intourist, se podía detectar en las páginas de *Pravda*.

En educación, la reorientación de políticas de la década de 1930 fue un contraste espectacular con lo hecho hasta entonces. Las tendencias educativas progresistas de la década de 1920 se habían desbocado durante la revolución cultural, y a menudo se había reemplazado la enseñanza formal en aulas por “trabajos de utilidad social” realizados fuera de la escuela, y las lecciones, libros de texto, tareas para el hogar y evaluación individual de logros académicos habían quedado casi totalmente desacreditados. Entre 1931 y 1934 estas tendencias se invirtieron abruptamente. En una fecha posterior de la década de 1930 reaparecieron los uniformes escolares, que hicieron que las niñas y niños de las escuelas secundarias soviéticas se pareciesen mucho a sus predecesores de los liceos zaristas. La reorganización de la educación superior también representó en muchos respectos un retorno a las normas tradicionales anteriores a la revolución. Los antiguos profesores recuperaron su autoridad; los requerimientos de ingreso volvieron a basarse en criterios académicos más bien que políticos y sociales; y se reinstauraron los exámenes, graduaciones y títulos académicos.<sup>17</sup>

La historia, materia vetada al poco tiempo de la revolución con el argumento de que era irrelevante para la vida contemporánea y había sido empleada tradicionalmente para inculcar el patriotismo y la ideología de la clase dominante, reapareció en los programas de escuelas y universidades. Mijail Pokrovsky, un antiguo bolchevique y destacado historiador marxista cuyos discípulos se habían mostrado muy activos en la rama académica de la revolución cultural, fue criticado en forma póstuma por reducir la historia a un registro abstracto de conflictos de clase sin nombres, fechas, héroes ni emociones convocantes. Stalin ordenó que se escribieran nuevos libros de texto de historia, muchos de ellos escritos por los antiguos enemigos de Pokrovsky, los historiadores “burgueses” convencionales que sólo daban un reconocimiento obligado al marxismo. Los héroes regresaron a la historia: uno de los primeros éxitos fue *Napoleón* de Tarlé,

pero la rehabilitación se extendió a grandes líderes rusos como Iván el Terrible (quien purgó a los boyardos rusos en el siglo XVI) y Pedro el Grande (el “zar transformador”, arquitecto de la primera modernización de Rusia a comienzos del siglo XVIII).<sup>18</sup>

La maternidad y las virtudes de la familia también fueron exaltadas a partir de la mitad de la década de 1930. A pesar de sus reservas acerca de la liberación sexual, los bolcheviques legalizaron el aborto y el divorcio al poco tiempo de la revolución, y popularmente se los consideraba enemigos de la familia y de los valores morales tradicionales. En la década de 1920, la dirigencia había adherido al principio de que la intervención del estado en materia de moralidad sexual privada era indeseable, aunque siempre dando por sentado que todos los aspectos de la conducta personal de un comunista debían estar abiertos al escrutinio de sus camaradas del partido. En la década de 1930, la “gran retirada” de Stalin no sólo implicó una afirmación de los valores familiares tradicionales sino una extensión del principio de legítimo escrutinio de la conducta personal que se aplicaba exclusivamente de los comunistas a la población en general.

En la era de Stalin, se hizo más difícil obtener el divorcio, el concubinato perdió valor legal y las personas que se tomaban a la ligera sus responsabilidades familiares fueron criticadas con aspereza (“un mal marido y padre no puede ser un buen ciudadano”). La homosexualidad masculina se convirtió en delito; y en 1936, tras una discusión pública de los puntos de vista pro y antiaborto, el aborto se proscribió. Los anillos de casamiento de oro reaparecieron en el mercado y los tradicionales árboles de año nuevo (llamados *elki* y que son el equivalente ruso de los árboles de Navidad) fueron revividos “para darles alegría a los niños soviéticos”<sup>19</sup> Para los comunistas que habían asimilado las actitudes más emancipadas propias del período anterior, todo esto se parecía mucho a la temida hipocresía del pequeño burgués, especialmente dado el tono sentimental y santurrón que se empleaba ahora para hablar de la familia y los niños. Por supuesto que las políticas que más chocaban a los intelectuales comunistas eran a menudo aquellas que eran recibidas con más entusiasmo por la mayoría “hipócrita y pequeño burguesa” de la población soviética.<sup>20</sup>

En este período hubo un retroceso en el respaldo a la causa de la emancipación femenina, al menos en lo que respecta a las mujeres

rusas educadas y de clase media.<sup>21</sup> El antiguo estilo de mujer comunista liberada, declaradamente independiente y comprometida ideológicamente en temas como el aborto ya no causaba simpatía. El nuevo mensaje era que primero venía la familia, a pesar del creciente número de mujeres que recibían educación y tenían empleos pagos. Ningún logro superaba al de ser una esposa y madre exitosa. En una campaña que habría sido inconcebible en la década de 1920, esposas de los integrantes de la nueva elite soviética fueron destinadas a actividades comunitarias voluntarias que se parecían mucho a las obras de caridad de la clase alta que las feministas rusas comunistas y aun liberales siempre despreciaron. En un “encuentro de esposas” nacional en 1936, las esposas de administradores e ingenieros describieron los éxitos del movimiento voluntario en un encuentro en el Kremlin al que asistieron Stalin y el jefe del ejército Klim Voroshilov, a quienes las esposas les regalaron camisas rusas tradicionales bordadas con sus propias manos. Posteriormente, se publicaron las minutas del encuentro en un bonito volumen forrado en papel estampado de rosas.<sup>22</sup>

El aburguesamiento no se limitaba a las mujeres. En la década de 1930, los privilegios y un alto nivel de vida devinieron en una consecuencia normal y casi obligatoria del estatus de las elites, en contraste con la situación de la década de 1920, durante la cual los ingresos de los comunistas estaban limitados, al menos en teoría, por un “máximo del partido” que evitaba que sus salarios fueran superiores a la remuneración promedio de un obrero especializado. La elite —que incluía a profesionales (comunistas y no afiliados) así como funcionarios comunistas— estaba separada de la masa de la población no sólo por sus altos salarios, sino por su acceso privilegiado a servicios y bienes de consumo y a diversas recompensas materiales y honoríficas. Los integrantes de la elite podían usar tiendas que no estaban abiertas al público en general, comprar productos que no estaban disponibles para los demás consumidores y tomarse vacaciones en centros especiales y confortables dachas. A menudo vivían en bloques de apartamentos especiales e iban a trabajar en autos con chofer. Muchas de esas disposiciones surgieron de los sistemas de distribución cerrados que se desarrollaron durante el plan quinquenal en respuesta a las graves carestías, para luego perpetuarse.

Los dirigentes del partido aún eran un poco susceptibles en la cuestión de los privilegios de elite; la exhibición conspicua o la codicia podían ser motivo de reprimendas o incluso pagarse con la vida durante las grandes purgas. Como sea, hasta cierto punto los privilegios de la elite permanecían ocultos. Aún quedaban muchos antiguos bolcheviques que promulgaban una vida ascética y criticaban a quienes sucumbían al lujo: los ataques de Trotsky en ese sentido en *La revolución traicionada* no son muy diferentes de los comentarios que hizo el estalinista ortodoxo Molotov en sus memorias;<sup>23</sup> y el consumo conspicuo y la tendencia a la acumulación eran algunos de los abusos por los cuales los funcionarios comunistas caídos en desgracia eran habitualmente criticados durante las grandes purgas. Huelga decir que para los marxistas la emergencia de una clase burocrática privilegiada, la “nueva clase” (por emplear el término popularizado por el marxista yugoeslavo Milovan Djilas) o “la nueva nobleza de servicio” (en palabras de Robert Tucker) planteaba problemas conceptuales.<sup>24</sup> La forma en que Stalin lidió con estos problemas fue tildando a esta nueva clase privilegiada de “inteliguentsia”, desplazando así el foco de la superioridad socioeconómica a la intelectual. Según presentaba las cosas Stalin, esta inteliguentsia (nueva elite) tenía un papel de vanguardia comparable al que el partido comunista desarrollaba en la política; en tanto vanguardia cultural, necesariamente tenía un acceso más amplio a los valores culturales (incluyendo bienes de consumo) que los disponibles, por el momento, para el resto de la población.<sup>25</sup>

La vida cultural fue muy afectada por la nueva orientación del régimen. En primer lugar, los intereses culturales y una conducta cultivada (*kul'turnost*) se contaban entre las señales visibles del estatus de elite que se suponía que los funcionarios comunistas debían exhibir. En segundo lugar, los profesionales no comunistas —es decir, la antigua “inteliguentsia burguesa”— pertenecían a la nueva elite, se mezclaba socialmente con funcionarios comunistas y compartía los mismos privilegios. Ello constituía un verdadero repudio del viejo sesgo antiexpertos del partido que hizo posible la revolución cultural (en su discurso de las “seis condiciones” de 1931, Stalin había invertido la marcha con respecto a la cuestión del “sabotaje” por parte de la inteliguentsia burguesa, afirmando simplemente que la

antigua inteligentsia técnica había abandonado sus intentos de sabotear la economía soviética al darse cuenta de que los riesgos eran demasiados y de que el programa industrializador ya estaba asegurado). Con el regreso de la antigua inteligentsia a las simpatías del poder, la inteligentsia comunista —especialmente los activistas de la revolución cultural— cayeron en desgracia ante la conducción del partido. Una de las premisas básicas de la revolución cultural era que la era revolucionaria necesitaba una cultura que no fuera la de Pushkin y *El lago de los cisnes*. Pero en la era de Stalin, con la inteligentsia burguesa defendiendo firmemente el legado cultural y un público recientemente ascendido a la clase media que buscaba cultura accesible que conocer, Pushkin y *El lago de los cisnes* triunfaron.

Sin embargo, era demasiado pronto para hablar de un verdadero regreso a la normalidad. Había tensiones externas, que se incrementaron sin cesar a lo largo de la década de 1930. En el “congreso de los triunfadores” de 1934, uno de los temas de discusión fue la reciente llegada al poder de Hitler en Alemania, episodio que dio significado concreto a los hasta entonces informes temores de intervención militar por parte de potencias capitalistas occidentales. Había vertientes internas de diversos tipos. Hablar de valores familiares era muy bonito, pero una vez más, como en la guerra civil, ciudades y estaciones de ferrocarril estaban colmadas de niños abandonados y huérfanos. El aburguesamiento sólo era posible para una pequeña minoría de habitantes de las ciudades; los demás estaban apiñados en “apartamentos comunales”, donde varias familias compartían una sola habitación y compartían baño y cocina en lo que había sido antes una residencia unifamiliar, y el racionamiento de bienes básicos aún estaba vigente. Stalin podía decirles a los koljozniks que “la vida mejora, camaradas”, pero en ese momento —comienzos de 1935— sólo dos cosechas los separaban de la hambruna de 1932-3.

La precariedad de la “normalidad” posrevolucionaria quedó demostrada en el invierno de 1934-5. El racionamiento de pan debía levantarse el 1º de enero de 1935, y el régimen tenía planeada una campaña propagandística con el tema de “la vida mejora”. Los diarios celebraban la abundancia de bienes que pronto habría disponibles (aun admitiendo que sólo fuera en algunos locales especiales de alto precio) y describían con entusiasmo la alegría y la elegancia de los bai-

les de máscaras con que los moscovitas recibían el año nuevo. En febrero, un congreso de koljozniks debía endosar el nuevo estatuto del koljoz, que garantizaba la parcela privada y les hacía otras concesiones a los campesinos. Tal como se esperaba, todo esto ocurrió en los primeros meses de 1935, pero en una atmósfera de tensión y amenaza, marcada por el asesinato en diciembre de Serguei Kirov, jefe del partido de Leningrado. Este episodio puso frenéticos al partido y a sus conductores; en Leningrado se produjeron arrestos en masa. A pesar de todos los indicios y símbolos de un “regreso a la normalidad” posrevolucionario, la normalidad aún estaba muy lejos.

## Terror

Imaginen que dijéramos, oh, lectores, que el milenio pugna en el umbral, pero que no se consiguen ni hortalizas, debido a los traidores. De ser así ¿con qué ímpetu atacaría uno a los traidores!... En lo que respecta al ánimo de hombres y mujeres, ¿no basta con ver a qué punto había llegado la SOSPECHA? A menudo decíamos que ésta llegaba a lo sobrenatural; lo que parece exagerado: pero oigamos al frío testimonio de los testigos. Un patriota aficionado a la música no podría tocar unas notas en su cuerno de caza, sentado pensativamente en la azotea, sin que Mercier lo interprete como una señal de que un comité conspirador le hace a otro... Louvet, con su capacidad para discernir los misterios del futuro, ve que volveremos a ser convocados por una depuración a la sala de la administración; y entonces los anarquistas matarán a veintidós de nosotros a la salida. Es cosa de Pitt y Coburgo; del oro de Pitt... Detrás, a los costados, delante, nos rodea un inmenso, sobrenatural juego de conspiraciones, y quien mueve los hilos es Pitt.<sup>26</sup>

El 29 de julio de 1936, el comité central envió una carta secreta a todas las organizaciones partidarias locales llamada “De la actividad terrorista del bloque contrarrevolucionario trotskista-zinovievista” en la que se afirmaba que los anteriores grupos opositoristas se habían convertido en imanes para “espías, provocadores, divisionistas, guardias blancos [y] kulaks” que odiaban al poder soviético, habían sido responsables del asesinato de Serguei Kirov, el jefe del partido de Leningrado. La vigilancia —“la capacidad de reconocer a un enemigo

del partido por bien disfrazado que esté”—era un atributo esencial de todo comunista.<sup>27</sup> Esta carta fue el prelude al primer juicio ejemplificador de las grandes purgas, ocurrido en agosto, en el cual Lev Kamenev y Grigori Zinoviev, dos ex líderes de la oposición, fueron encontrados culpables de complicidad en el asesinato de Kirov y condenados a muerte.

En un segundo juicio ejemplificador celebrado a comienzos de 1937 el énfasis se puso en el sabotaje industrial. El principal acusado era Iurii Pyatakov, un ex trotskista quien había sido mano derecha de Orzhonikidze en el comisariato para la industria pesada desde comienzos de la década de 1930. En junio de ese mismo año, el mariscal Tujachevsky y otros jefes militares fueron acusados de espiar para Alemania y ejecutados inmediatamente tras un juicio sumario secreto. En el último de los juicios ejemplificadores, celebrados en marzo de 1938, los acusados incluían a Bujarin y Rykov, ex líderes de la derecha y a Guenrii Yagoda, ex jefe de la policía secreta. En todos estos juicios, los antiguos bolcheviques acusados confesaron diversos crímenes extraordinarios, que describieron ante el tribunal con gran lujo de detalles. Casi todos ellos fueron sentenciados a muerte.<sup>28</sup>

Además de sus crímenes más flagrantes, entre los que se contaban los asesinatos de Kirov y del escritor Máximo Gorki, los conspiradores confesaron muchos actos de sabotaje realizados con la intención de provocar descontento popular contra el régimen para facilitar el derrocamiento de éste. Éstos incluían la organización de accidentes en minas y fábricas en los que murieron muchos trabajadores, provocar demoras en el pago de salarios y entorpecer la circulación de bienes de modo que los comercios rurales se vieran privados de azúcar y tabaco y las panaderías urbanas, de pan. Los conspiradores también confesaron haber practicado habitualmente el engaño, fingiendo haber renunciado a sus puntos de vista opositoristas y proclamando su adhesión a la línea del partido, sin dejar nunca de disentir, dudar y criticar en privado.<sup>29</sup>

Se afirmó que agencias de inteligencia extranjeras —alemana, japonesa, británica, francesa, polaca— estaban detrás de las conspiraciones, cuyo objetivo final era lanzar un ataque militar contra la unión soviética, derrocar al régimen comunista y restaurar el capitalismo. Pero el eje de la conspiración era Trotsky, a quien se acusaba no sólo

de agente de la Gestapo sino además (¡desde 1926!) del servicio de inteligencia británico, y que actuaba como intermediario entre las potencias extranjeras y su red de conspiradores en la Unión Soviética.<sup>30</sup>

Las grandes purgas no fueron el primer episodio de terror de la revolución rusa. El terror contra los “enemigos de clase” había sido parte de la guerra civil, así como de la colectivización y la revolución cultural. De hecho, en 1937 Molotov afirmó que existía una continuidad directa entre el juicio de Shajti y del “partido industrial” de la revolución cultural y el presente —con la importante diferencia de que esta vez quienes llevaban adelante la conspiración contra el poder soviético no eran “especialistas burgueses” sino comunistas, o al menos personas que “se hacían pasar” por tales, logrando así penetrar posiciones clave en el gobierno y el partido.<sup>31</sup>

Los arrestos en masa en los rangos jerárquicos comenzaron durante el fin de 1936, particularmente en la industria. Pero fue en un plenario del comité central celebrado en febrero-marzo de 1937 que Stalin, Molotov y Nikolai Eyov (ahora al frente de la NKVD, nombre que recibió la policía secreta a partir de 1934) dieron la señal para que la caza de brujas comenzara en serio.<sup>32</sup> Durante dos años enteros, 1937 y 1938, funcionarios jerárquicos comunistas en todas las ramas de la burocracia —gobierno, partido, industrial, militar, y, finalmente, policial— fueron denunciados y arrestados como “enemigos del pueblo”. Algunos fueron fusilados; otros desaparecieron en el gulag. En su discurso secreto ante el vigésimo congreso del partido, Jrushov reveló que de los 139 miembros plenos y aspirantes del comité central elegidos en el “congreso de los triunfadores” del partido en 1939, todos menos 41 fueron víctimas de las grandes purgas. La continuidad del liderazgo quedó casi totalmente quebrada: las purgas no sólo destruyeron a la mayor parte de los integrantes sobrevivientes de la cohorte de antiguos bolcheviques, sino también gran parte de las cohortes partidarias formadas durante la guerra civil y el período de colectivización. Sólo veinticuatro integrantes del comité central elegido en el décimo octavo congreso del partido en 1939 habían integrado el anterior comité central, elegido hacía cinco años.<sup>33</sup>

Los comunistas en altos puestos no fueron las únicas víctimas de las purgas. La inteliguentsia (tanto la antigua inteliguentsia “burguesa” como la inteliguentsia comunista de la década de 1920, en particu-

lar los activistas de la revolución cultural) resultaron duramente golpeados. También lo fueron los antiguos “enemigos de clase” —los sospechosos habituales para todo terror revolucionario ruso, aun cuando, como en 1937, no fueran específicamente designados —y cualquier otro que alguna vez hubiese figurado en una lista negra oficial por cualquier motivo. Las personas con familiares en el exterior o conexiones extranjeras corrían especial peligro. Stalin incluso emitió una orden secreta especial para arrestar a decenas de miles de “ex kulaks y delincuentes”, lo que incluía a reincidentes, ladrones de caballos y sectarios religiosos con antecedentes penales, y fusilarlos o enviarlos al gulag; además, 10.000 delincuentes empedernidos que cumplían penas en el gulag debían ser fusilados.<sup>34</sup> La dimensión total de las purgas, que fue motivo de especulación en Occidente durante muchos años, está comenzando a emerger con más claridad a medida que los estudiosos investigan archivos soviéticos previamente inaccesibles. Según los archivos de la NKVD, la cantidad de condenados a los campos de trabajo del gulag ascendió en medio millón en los dos años que comenzaron el 1º de enero de 1937, llegando al millón trescientos mil el 1º de enero de 1939. En este último año, el 42 por ciento de los prisioneros del gulag estaba condenado por delitos “políticos” (contrarrevolución, espionaje, etc.), el 24 por ciento estaba clasificado como “elementos socialmente dañinos o socialmente peligrosos” y los demás eran delincuentes comunes. Pero muchas víctimas de las purgas fueron ejecutadas en la cárcel y nunca llegaron al gulag. La NKVD registró 681,692 de estas ejecuciones en 1937-8.<sup>35</sup>

¿Qué sentido tuvieron las grandes purgas? Las explicaciones que invocan la razón de estado (extirpación de una potencial quinta columna en tiempos de guerra) no son convincentes; las explicaciones en nombre de necesidades totalitarias sólo generan la pregunta de qué son las necesidades totalitarias. Si analizamos el fenómeno de las grandes purgas en el contexto de la revolución, la pregunta se vuelve menos desconcertante. Sospechar de los enemigos —a sueldo de países extranjeros, a menudo ocultos, comprometidos en constantes conspiraciones para destruir la revolución y producirle sufrimiento al pueblo— es un rasgo constante de la mentalidad revolucionaria que Thomas Carlyle captó vívidamente en el pasaje sobre el terror jacobino de 1794 citado al comienzo de esta sección. En cir-

cunstancias normales, las personas rechazan la idea de que es mejor que perezcan diez inocentes a dejar en libertad a un culpable; bajo las circunstancias anómalas de una revolución, a menudo la aceptan. Ser importante no es garantía de seguridad en una revolución; más bien, todo lo contrario. Que las grandes purgas hayan descubierto tantos “enemigos” disfrazados de dirigentes revolucionarios no debería sorprender a quienes hayan estudiado la revolución francesa.

No es difícil rastrear la génesis revolucionaria de las grandes purgas. Como se dijo, Lenin no sentía escrúpulos sobre el empleo del terror revolucionario y no toleraba la oposición ni dentro ni fuera del partido. Aun así, en tiempos de Lenin se trazaba una nítida distinción entre los métodos permisibles de lidiar con la oposición exterior al partido y aquellos que podían usarse contra la disidencia interna. Los antiguos bolchevique adherían al principio de que los desacuerdos internos del partido quedaban fuera del alcance de la policía secreta, ya que los bolcheviques nunca debían seguir el ejemplo de los jacobinos, que habían vuelto el terror contra sus propias camaradas. Aunque ese principio era admirable, debe decirse que el hecho de que los líderes bolcheviques debieran formularlo es revelador y con respecto a la atmósfera de la política interna del partido.

A comienzos de la década de 1920, cuando la oposición organizada fuera del Partido Bolchevique desapareció y las facciones partidarias internas fueron prohibidas formalmente, los grupos disidentes del partido heredaron el lugar de los viejos partidos de oposición externos, de modo que no es de extrañar que fuesen tratados de forma parecida. Como sea, no se elevaron muchas protestas en el partido comunista cuando, a fines de la década de 1920, Stalin empleó a la policía secreta contra los trotskistas y luego (siguiendo el ejemplo de la forma en que Lenin trató a los dirigentes cadetes y mencheviques en 1922-3) deportó a Trotsky fuera del país. Durante la revolución cultural, los comunistas que habían trabajado estrechamente junto a los caídos en desgracia “expertos burgueses” parecían en peligro de ser acusados de algo peor que estupidez. Stalin retrocedió e incluso permitió que los líderes derechistas siguieran en cargos de autoridad. Pero esto era actuar a contrapelo: estaba claro que a Stalin le costaba —como a muchos integrantes de las bases comunistas— tolerar a quienes alguna vez habían sido opositores.

Una práctica revolucionaria que es importante para comprender la génesis de las grandes purgas es la periódica “limpieza” (*chistki*, “purgas” con minúscula) de su padrón que el partido llevó a cabo a partir de comienzos de la década de 1920. La frecuencia de las purgas partidarias aumentó desde fines de la década de 1920: las hubo en 1929, 1933-4, 1935 y 1936. En una purga partidaria, todo afiliado al partido debía presentarse y justificarse ante una comisión de purga, refutando las críticas que se le hicieran allí mismo o que lo acusaran a través de denuncias secretas. El efecto de las purgas repetidas fue que las viejas contravenciones aparecían una y otra vez, haciendo virtualmente imposible dejarlas de lado. Parientes indeseables, contactos prerrevolucionarios con otros partidos, haber integrado facciones opositoras en el pasado, incluso confusiones burocráticas y errores de identidad pasados; todas estas cosas pendían del cuello de los afiliados, y se hacían más pesadas a cada año. La sospecha de la dirigencia del partido de que éste estaba lleno de afiliados indignos y poco confiables parecía exacerbarse más bien que aplacarse con cada nueva purga.<sup>36</sup>

Además, cada purga creaba más enemigos potenciales del régimen, ya que aquellos que eran expulsados del partido tendían a quedar resentidos por el golpe a su lugar en la sociedad y sus perspectivas de ascenso. En 1937, un integrante del comité central sugirió ante un tribunal que probablemente hubiese más *ex* comunistas que afiliados activos en el país, y quedaba claro que ése era un pensamiento que a él y otros los perturbaba mucho.<sup>37</sup> Porque el partido ya tenía tantos enemigos... ¡Y muchos de ellos estaban ocultos! Estaban los antiguos enemigos, quienes habían perdido sus privilegios durante la revolución, sacerdotes, etc. Y ahora había *nuevos* enemigos, las víctimas de la liquidación como clase de los hombres de la NEP y los kulaks. Un kulak, hubiera sido o no enemigo declarado del poder soviético antes de su deskulakización, ahora indudablemente lo era. Lo peor acerca de eso era que tanta cantidad de kulaks expropiados huían a las ciudades, comenzaban nuevas vidas, ocultaban su pasado (así debían hacerlo si deseaban conseguir trabajo), se hacían pasar por honrados trabajadores; en síntesis, se convertían en enemigos ocultos de la revolución. ¡Cuántos aparentemente leales jóvenes del Komsomol andaban por ahí ocultando el hecho de que sus padres habían sido kulaks o sacerdotes! No era sorprendente que, como advertía Stalin, los ene-

migos de clase individuales se volvieron *aún más peligrosos* cuando la clase enemiga era destruida. Claro que era así, pues la destrucción de la clase los había perjudicado en lo personal; se les había dado una causa real y concreta para estar resentidos contra el régimen soviético.

El volumen de denuncias en los legajos de todos los administradores comunistas crecía incesantemente año a año. Uno de los aspectos populistas de la revolución de Stalin consistía en instar a los ciudadanos del común a sentar por escrito sus quejas contra los “abusos de poder” de los funcionarios locales; y las consiguientes investigaciones a menudo terminaban con el remoción del funcionario en cuestión. Pero muchas de las quejas se originaban tanto en la malevolencia como en la busca de justicia. Un resentimiento generalizado, más bien que las infracciones que se invocaban, parece haber inspirado muchas de las denuncias contra presidentes de koljoz y otros funcionarios rurales que airados koljozniks redactaron en grandes cantidades durante la década de 1930.<sup>38</sup>

Sin participación popular, las grandes purgas nunca podrían haber experimentado el crecimiento exponencial que tuvieron. Las denuncias originadas en el interés propio desempeñaron un papel, así como las quejas contra autoridades que se basaban en ofensas reales. La manía de ver espías recrudesció, como había ocurrido tantas veces en el transcurso de los últimos veinte años: una joven pionera, Lena Petrenko, capturó a un espía en el tren a su regreso del campamento de verano cuando lo oyó hablar en alemán; otro ciudadano vigilante le tiró de la barba a un religioso mendicante y ésta se le quedó en la mano, desenmascarando así a un espía que acababa de cruzar la frontera. En las reuniones de “autocrítica” en oficinas y células del partido, el miedo y la suspicacia se combinaban para producir la persecución de chivos emisarios, acusaciones histéricas y atropellos.<sup>39</sup>

Sin embargo, esto era algo distinto del terror popular. Como el terror jacobino de la revolución francesa, se trataba de un terror de estado en el cual las víctimas visibles eran los hasta entonces dirigentes revolucionarios. En contraste con anteriores episodios de terror revolucionario, la violencia popular espontánea desempeñó un papel limitado. Además, el foco del terror se había desplazado de los “enemigos de clase” originarios (nobles, sacerdotes y otros verdade-

ros opositores a la revolución) a los “enemigos del pueblo” dentro de las propias filas revolucionarias.

De todas maneras, las diferencias entre ambos casos son tan intri-gantes como sus similitudes. En la revolución francesa, Robespierre, instigador del terror, terminó como víctima de éste. En contraste, du-rante el gran terror de la revolución rusa, el principal terrorista, Stalin, sobrevivió incólume. Aunque eventualmente Stalin sacrificó a su dócil herramienta (Eyov, jefe del NKVD entre septiembre de 1936 y diciem-bre de 1938 fue arrestado en la primavera de 1939 y posteriormente fu-silado) nada indica que le haya parecido que las cosas se le iban de las manos o que se sintiera en peligro, o que se haya librado de Eyov por otra razón que la prudencia maquiavélica.<sup>40</sup> El repudio de las “purgas en masa” y la revelación de los “excesos” de vigilancia en el décimo oc-tavo congreso del partido en marzo de 1939 fue conducido con calma; en su discurso, Stalin le prestó poca atención al tema, aunque pasó un minuto refutando comentarios aparecidos en la prensa extranjera que afirmaban que las purgas habían debilitado a la Unión Soviética.<sup>41</sup>

Al leer las transcripciones de los juicios ejemplificadores de Moscú, y de los discursos de Stalin y de Molotov en el plenario de febrero-marzo, lo que impresiona es no sólo la teatralidad de los procedimientos sino su aire de puesta en escena, lo que tienen de forzado y calculado, la ausencia de toda respuesta emocional cruda por parte de los dirigentes ante la revelación de la traición de sus colegas. Hay una diferencia en este terror revolucionario; se siente en él la mano de un director, si no de un dramaturgo.

En *El 18 brumario de Luis Bonaparte*, Marx formuló su famoso co-mentario de que los grandes hechos ocurren dos veces, la primera co-mo tragedia, la segunda como farsa. Aunque el gran terror de la revo-lución rusa no fue una farsa, sí tuvo las características de una reposición, de una puesta en escena basada en un modelo anterior. Es posible que, como sugiere el biógrafo ruso de Stalin, el terror jaco-bino realmente le haya servido de modelo a Stalin: ciertamente el tér-mino “enemigos del pueblo” que parece haber sido introducido por Stalin en el discurso soviético con relación a las grandes purgas tenía antecedentes revolucionarios franceses.<sup>42</sup> Desde ese punto de vista, se hace más fácil comprender el porqué de esa barroca escenografía de denuncias que crecían exponencialmente y galopante suspicacia po-pular era necesaria para lograr el propósito relativamente simple de

matar enemigos políticos. De hecho, es tentador ir más allá y sugerir que, al poner en escena un terror (que, según la secuencia revolucio-naria clásica debe preceder a Termidor, no seguirlo) Stalin puede haber sentido que refutaba definitivamente la acusación de Trotsky de que su gobierno había llevado a un “termidor soviético”.<sup>43</sup> ¿Quién podría decir que Stalin era un revolucionario termidoriano, un trai-dor a la revolución tras un despliegue de terror revolucionario que sobrepasaba incluso al de la Revolución francesa?

¿Cuál fue el legado de la revolución rusa? Hasta el fin de 1991 se podía decir que el sistema soviético lo era. Las banderas rojas y los estandartes que proclamaban “¡Lenin vive! ¡Lenin está con no-sotros!” estuvieron allí hasta último momento. El gobernante Par-tido Comunista era un legado de la revolución; también lo eran las granjas colectivas, los planes quinquenales y septenales, la cró-nica escasez de bienes de consumo, el aislamiento cultural, el gu-lag, la división del mundo en bandos “socialista” y “capitalista” y la aseveración de que la Unión Soviética era la “conductora de las fuerzas progresistas de la humanidad”. Aunque el régimen y la so-ciedad ya no eran revolucionarios, la revolución continuó siendo la piedra fundamental de la tradición nacional soviética, foco de patriotismo, materia a ser aprendida por los niños en las escuelas y motivo de celebración en el arte público soviético.

La Unión Soviética también dejó un complejo legado interna-cional. Fue la gran revolución del siglo XX, el símbolo del socialis-mo, el antiimperialismo y el rechazo al viejo orden de Europa. Pa-rra bien o para mal, los movimientos socialistas y comunistas del siglo XX han vivido a su sombra, así como los movimientos de libe-ración tercermundistas de la posguerra. La guerra fría fue parte del legado de la revolución rusa, así como un tributo retrospecti-vo a su perdurable valor simbólico. La revolución rusa representó para algunos la esperanza de liberarse de la opresión, para otros la pesadilla de la posibilidad de un triunfo mundial del comunismo ateo. La revolución rusa estableció una definición de socialismo basada en la toma del poder del estado y su empleo como herra-mienta de transformación social y económica.

Las revoluciones tienen dos vidas. En la primera, se las conside-ra parte del presente, inseparable de la política contemporánea. En

la segunda, dejan de ser parte del presente y se desplazan a la historia y la leyenda nacional. Devenir en parte de la historia no significa el total alejamiento de la política, como se ve en el ejemplo de la revolución francesa que, a dos siglos de ocurrida, aún es piedra de toque en el debate político francés. Pero impone cierta distancia; y, en lo que respecta a los historiadores, permite mayor imparcialidad y desapego en los juicios. Para la década de 1990, ya hacía tiempo que la revolución rusa debía haber sido transferida del presente a la historia, pero la esperada transferencia se demoraba. En Occidente, a pesar de la persistencia de actitudes propias de la guerra fría, los historiadores, aunque no los políticos, habían decidido hasta cierto punto que la revolución rusa pertenecía a la historia. Sin embargo, en la Unión Soviética, la interpretación de la revolución rusa siguió siendo un tema cargado de consecuencias políticas hasta la era de Gorbachov y, en cierto modo, incluso más allá de ésta. Con el derrumbe de la Unión Soviética, la revolución rusa no se hundió grácilmente en la historia. Fue arrojada allí —“al basurero de la historia”, según la frase de Trotsky— con un ánimo de vehemente repudio nacional.

Este repudio, que equivalía a un deseo de olvidar no sólo la revolución rusa, sino toda la era soviética, dejó un extraño vacío en la conciencia histórica rusa. Pronto, en el tono de la jeremiada de Peter Chaadaev sobre la no entidad de Rusia un siglo y medio antes, se elevó un coro de lamentos referidos a la fatal inferioridad histórica de Rusia, su atraso y su exclusión de la civilización. Para los rusos de fines del siglo xx, ex ciudadanos soviéticos, parecía que lo que se había perdido con el descrédito del mito de la revolución no era tanto la creencia en el socialismo como la confianza en el significado de Rusia para el mundo. La revolución le dio a Rusia un sentido, un destino histórico. A través de la revolución, Rusia se convirtió en pionera, dirigente internacional, modelo e inspiración para “las fuerzas progresistas de todo el mundo”. Ahora, al parecer de un día para otro, todo eso desapareció. La fiesta había terminado; tras setenta y cuatro años, Rusia había caído desde “la vanguardia de la historia” a su antigua posición de postrado atraso. Fue un momento doloroso para Rusia y para la revolución rusa cuando se reveló que “el futuro de la humanidad progresista” era, en realidad, el pasado.



<sup>27</sup> Katerina Clark, en Fitzpatrick (ed.), *Cultural Revolution*, p. 198.

<sup>28</sup> El análisis que sigue está extraído de Fitzpatrick, "Stalin and the Making of a New Elite", en Fitzpatrick, *The Cultural Front*, y Fitzpatrick, *Education and Social Mobility*, pp. 184-205.

<sup>29</sup> Acerca de la cambiante situación de los trabajadores durante el primer plan quinquenal, véase Hiroaki Kuromiya, *Stalin's Industrial Revolution* (Cambridge, 1988). Acerca de desarrollos ulteriores, véase Donald Filtzer, *Soviet Workers and Stalinist Industrialization* (Nueva York, 1986).

<sup>30</sup> *Izmeneniia sotsial'noi struktury sovetskogo obshchetsva 1921-seredina 30-kh godov* (Moscú, 1979), p. 194; *Sotsialisticheskoe stroitel'stvo SSSR. Statisticheskii ezhegodnik* (Moscú, 1934), pp. 356-7.

<sup>31</sup> Acerca del aislamiento soviético, véase Jerry F. Hough, *Russia and the West: Gorbachev and the Politics of Reform* (2<sup>da</sup> edición, Nueva York, 1990), pp. 44-66.

## 6. Finalizar la revolución

<sup>1</sup> Crane Brinton, *The Anatomy of Revolution* (edición revisada, Nueva York, 1965). [*Anatomía de la revolución*, México, Fondo de Cultura Económica, 1965].

<sup>2</sup> L. Trotsky, *The Revolution Betrayed* (Londres, 1937) [*La Revolución Traicionada*, editorial Fontamara, 1977]; Nicholas S. Timasheff, *The Great Retreat: The Growth and Decline of Communism in Russia* (Nueva York, 1946).

<sup>3</sup> Acerca de las afirmaciones sobre la alfabetización, véase Fitzpatrick, *Education and Social Mobility*, 168-76. El censo poblacional censurado de 1937 estableció que el 75 por ciento de la población de entre 9 y 49 años de edad estaba alfabetizada (*Sotsiologicheskie issledovaniya*, 1990, nro. 7, pp. 65-6). Obviamente, incluir al grupo de más de 50 años habría hecho bajar la cifra.

<sup>4</sup> Douglas R. Weiner, *Models of Nature: Ecology, Conservation and Cultural Revolution in Soviet Russia* (Bloomington, Ind., 1988).

<sup>5</sup> Nove, *An Economic History of the USSR* (nueva edición; Londres, 1992), pp. 195-6. Para una crítica de la era de la *glasnost'* de las estadísticas oficiales, véase V. Selyunin y G. Janin, "Lukavaya tsifra", *Novyi mir*, 1987, nro. 2.

<sup>6</sup> Holland Hunter, "The Overambitious Fist Soviet Five-Year Plan", *Slavic review*, 32:2 (1973), pp. 237-57.

<sup>7</sup> Acerca de la crisis en la industria del carbón en la región de la cuenca del Don, véase Hiroaki Kuromiya, "The Commander and the Rank and File. Managing the Soviet Coal-Mining Industry, 1928-33" en W. Rosenberg y L. Siegelbaum (editores), *Social Dimensions of Soviet Industrialisation* (Bloomington, Ind., 1993), pp. 154-8.

<sup>8</sup> Véase James R. Millar, "What's Wrong with the 'Standard Story'?", de James Millar y Alec Nove, "A Debate on Collectivization", *Problems of Communism*, julio-agosto de 1976, pp. 53-5.

<sup>9</sup> Para una discusión más pormenorizada del auténtico koljoz de la década de 1930, véase Fitzpatrick, *Stalin's Peasants*, capítulos 4-5.

<sup>10</sup> Stalin, "Acerca de la redacción de la constitución de la URSS" (25 de noviembre, 1936), texto ruso en I. Stalin, *Sochineniya*, i. (14), editado por Rober H. McNeal (Stanford, Calif. 1967), pp. 135-83. Para el texto de la constitución, aceptado por el octavo congreso extraordinario de los soviets de la URSS el 5 de diciembre de 1936, véase *Istoriya sovetskoi konstitutsii (v dokumentaj) 1917-1956* (Moscú, 1957), pp. 345-59.

<sup>11</sup> Para un postulado de que la genuina intención del régimen de democratizar las elecciones soviéticas fue frustrada por las tensiones sociales asociadas a las grandes purgas, véase J. Arch Getty, "State and Society under Stalin: Constitutions and Elections in the 1930s", *Slavic Review*, 50: 1 (primavera de 1991).

<sup>12</sup> Citado en N. L. Rogalina, *Kollektivizatsiya: uroki proidennogo puti* (Moscú, 1989).

<sup>13</sup> Véase Sheila Fitzpatrick, "Adscribing Class. The Construction of Social Identity in Soviet Russia", *Journal of Modern History*, 4 (1993), pp. 745-70. Nótese que aunque las antiguas formas de discriminación tendían a desaparecer, surgían formas nuevas. Los koljozniks no tenían los mismos derechos que los demás ciudadanos, por no hablar de los kulaks deportados y otros exiliados administrativos.

<sup>14</sup> Véase Fitzpatrick, "Stalin and the Making of a New Elite", en Fitzpatrick, *The Cultural Front*, pp. 177-8.

<sup>15</sup> "Nuevas condiciones-nuevas tareas en la construcción económica" (23 de junio de 1931), en Stalin, *Obras*, xiii, pp. 53-82.

<sup>16</sup> Lewis H. Siegelbaum, *Stakhanovism and the Politics of Productivity in the USSR, 1935-1941* (Cambridge, 1988).

<sup>17</sup> Fitzpatrick, *Education and Social Mobility*, 212-33; Timasheff, *The Great retreat*, pp. 211-25.

<sup>18</sup> Véase John Barber, *Soviet Historians in Crisis: 1928-1932* (Nueva York, 1981), pp. 126-41.

<sup>19</sup> Timasheff, *The Great Retreat*, 192-203, 319-21. Acerca del tema del aborto, véase Wendy Goldman, "Women, Abortion and the State" en Barbara E. Clements, Barbara A. Engel y Christine D. Worobec (eds.), *Russia's Women: Accommodation, Resistance, Transformation* (Berkeley, Calif. 1991), pp. 243-66.

<sup>20</sup> Para una tesis interesante sobre la “hipocresía” soviética durante la época de Stalin, véase Vera S. Duhham, *In Stalin's Time. Middle-class Values in Soviet Fiction* (Cambridge, 1976).

<sup>21</sup> La independencia y afirmación de sí mismas por parte de mujeres “atrasadas” (campesinas, minorías nacionales) aún era fuertemente alentada por el régimen; véase Fitzpatrick, *The Cultural Front*, 233-5, y Iuri Slezkine, *Arctiv Mirrors: Russia and the Small Peoples of the North* (Ithaca, NY, 1994).

<sup>22</sup> *Vsesoiuznoe soveshchanie zhen khozyaistvennikov i inzhenernotekhnicheskij rabotnikov tyazheloi promyshlennosti. Stenograficheskii otchet, 10-12 maya 1936 g.* (Moscú, 1936).

<sup>23</sup> Trotsky, *The Revolution Betrayed*, 102-5 [*La Revolución Traicionada*, Fontanara, 1977]; *Sto sorok besed s Molotovym*, pp. 410-11.

<sup>24</sup> Milovan Djilas, *The New Class. An Analysis of the Communist System* (Londres, 1966) [*La nueva clase*, Barcelona, Ariel, 1967]; Robert C. Tucker, *Stalin in Power* (Nueva York, 1990), pp. 319-24.

<sup>25</sup> Para un desarrollo de este punto, véase Sheila Fitzpatrick, “Becoming Cultured: Socialist Realism and the Representation of Privilege and Taste”, Fitzpatrick, *The Cultural Front*, pp. 216-37.

<sup>26</sup> Thomas Carlyle, *The French Revolution* (Londres, 1906), ii, p. 362.

<sup>27</sup> *Izvestiia TsK KPSS*, 1989 nro. 8, p. 115.

<sup>28</sup> Estos juicios han sido descriptos vívidamente por Robert Conquest en *The Great Terror. Stalin's Purge of the Thirties* (Londres, 1968), puesto al día como *The Great Terror: A Reassessment* (Nueva York, 1990).

<sup>29</sup> Véase, por ejemplo, el diálogo entre Rykov y Vyshinsky en *Informe de los procedimientos del tribunal en el caso del “bloque de derechistas y trotskistas” anti-soviético juzgado ante el cuerpo colegiado militar de la suprema corte de la URSS, Moscú, Marzo 2-13, 1938* (Moscú, 1938), pp. 161-2.

<sup>30</sup> De la acusación, en *ibid.* pp. 5-6.

<sup>31</sup> Molotov en *Bol'shevik*, 1937, nro. 8 (15 de abril), pp. 21-2.

<sup>32</sup> Las actas de este plenario fueron publicadas por primera vez en *Voprosy istorii*, 1992, nros. 2-3 y subsiguientes.

<sup>33</sup> *Khrushchev Remembers*, trad. y ed. por Strobe Talbott (Boston, 1970); Graeme Gill, *The Origins of the Stalinist Political System* (Cambridge, 1990), p. 273.

<sup>34</sup> Resolución del politburó del 2 de julio de 1937 “Acerca de los elementos antisoviéticos”, firmada por Stalin y orden operativa del 30 de julio firmada por Eyov (jefe de la NKVD), *Trud*, 4 de junio de 1992, 1.

<sup>35</sup> Datos de V. N. Zemskov en *Sotsiologicheskie issledovaniya*, 1991, no. 6, p. 14; N. Dugin, en *Na boevom postu*, 27 de diciembre de 1989, 3; J. Arch Getty, Gabor T. Rittersporn, Viktor N. Zemskov, “Victims of the Soviet

System in the Prewar Years: A First Approach on the Basis of Archival Evidence”, *American Historical Review*, octubre de 1993.

<sup>36</sup> Para otra perspectiva sobre las *chistki* del partido, véase J. Arch Getty, *Origin of the Great Purges, the Soviet Communist Party Reconsidered, 1933-1938* (Nueva York, 1985).

<sup>37</sup> Eije, en discusión en el plenario de febrero-marzo del comité central, *RTsKhIDNI*, f. 17, op. 2, d. 612, l. 16.

<sup>38</sup> Acerca de las denuncias, véase Fitzpatrick, *Stalin's Peasants*, capítulo 9.

<sup>39</sup> *Zvezda* (Dnepropetrovsk), 1º de agosto de 1937, 3; *Krest'yanskaia pravda* (Leningrado), 9 de agosto de 1937, 4. Acerca de la dimensión popular de las grandes purgas, véase también J. Arch Getty y Roberta Manning (eds.), *Stalinist Terror: New Perspectives* (Nueva York, 1993), en particular los artículos de Gabor Rittersporn y Robert Thurston.

<sup>40</sup> Acerca del papel de Eyov y de su destitución, véase Getty y Manning, *Stalinist Terror*, 21-39 y *Sto besed s Molotovym*, pp. 399, 401-2.

<sup>41</sup> Stalin, *Obras*, ed. Robert H. McNeal, i. (14), pp. 368-9.

<sup>42</sup> Dmitiri Volkogonov, *Stalin. Triumph and Tragedy*, trad. por H. Shukman (Londres, 1991), 279 o la más pormenorizada edición rusa, *Triumf i tragediia. Politicheskii portret Stalina* (Moscú, 1989), libro I, parte 1, p. 51 y parte 2, p. 201.

<sup>43</sup> Acerca de la airada reacción de Stalin al leer *La Revolución Traicionada* de Trotsky, donde se formula esa acusación, véase Volkogonov, *Stalin*, p. 260.